# La Revolución

Mario R. Balbontín

# Capítulo 1

**La Revolución (deconstruyendo Macondo)**

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el doctor Alexandre había de recordar con amargura el nacimiento de su único hijo. La vida se convirtió por aquellos entonces en algo mucho más hermoso que lo acostumbrado, y pese a las noches de insomnio y de olor a leche agria, los amaneceres junto a su joven esposa y a su bebé Aurelio seguían siendo el mejor recuerdo que mantenía de su juventud.

Por aquellos entonces, los habitantes de Villalta se saludaban y trataban como hermanos entre ellos, y siempre mostrando solidaridad y ayuda unos con otros. El pueblo se elevaba solemne, blanco y pulido sobre una colina verde y fresca, donde el invierno era tropical y cálido y el verano transcurría denso y pegajoso, como pintado lento y con trazos de brocha gorda.

Villalta era entonces una pequeña y tranquila aldea ajena a todo y todos, que acabó creciendo de espaldas al feroz desarrollo industrial hasta que el tren, como una insolente oruga de acero, acabó asomando el morro junto a la plaza de la iglesia… y trajo consigo la desgracia que siempre traen las cosas nuevas.

La llegada del tren, como por ensalmo, acabó por precipitar la llegada de extranjeros que se fueron asentando y expandiendo en la aldea, acogidos con agrado en un principio, pero con un recelo sigiloso cuando los habitantes comprendieron que nuevos términos como “revolución” “propiedad” o “dinero” no iban a traerles más que disgustos.

En aquél contexto, el doctor Alexandre, que en un principio ejercía la medicina de una manera casi altruista, tuvo que dejar de recurrir, como todo el mundo, al trueque. Si anteriormente se llevaba a casa un saco de tomates rojos y grandes a cambio de curar unas fiebres con sanguijuelas, ahora había aprendido a cobrar una moneda de cobre por cada una de las dolencias que tenía que sanar.

La gente fue adaptándose a regañadientes a lo que los extranjeros dieron en llamar “dinero” o “moneda”, y aunque la situación no llegó a más, lo cierto es que la llegada de ese dinero trajo el comienzo de la diferenciación de clases en Villalta… y con ella empezó a haber ricos y pobres.

Pasados los años, Aurelio Alexandre creció y se expandió del mismo modo que lo hizo Villalta y fue entonces que comenzó a empaparse, como muchos de los jóvenes del pueblo, de unas extrañas ideas revolucionarias… se reunían hasta altas horas en casa de un extranjero

recién llegado desde Europa, que comenzó a hablarles sobre ideas poco conocidas antes, como colonización, lucha de clases, revolución proletaria y otras palabrejas que los mayores del pueblo jamás habían escuchado.

Llegó entonces la época más difícil y tenebrosa a Villalta. Armados hasta los dientes y espoleados por el extraño europeo, los jóvenes organizaron lo que dieron en llamar "la Revolución del pueblo", lo que conllevaba una serie de medidas drásticas e insoportables para los fundadores de Villalta: Un bando editado por los revolucionarios instaba a los ciudadanos a unirse a la causa guerrillera y de colonización de pueblos vecinos, y a aportar una cantidad obligatoria de dinero de manera mensual para la compra de armamento y el mantenimiento del ejército.

Para desgracia del doctor Alexandre, su hijo Aurelio fue, junto con el extraño extranjero, el cabecilla visible de dicha revolución, que en su empeño recolector para la revolución arrasó cultivos, expolió alcancías e incluso arrancó, literalmente, a jóvenes adolescentes de brazos de sus padres para la "causa guerrillera".

Hartos de esta situación, una delegación de hombres notables de Villalta se plantaron ante ellos y prometieron acabar con la tiranía revolucionaria. La tensión entre el doctor Alexandre y su hijo Aurelio comenzó entonces a ser irrespirable, y forzó a la madre a mediar entre ambos, sin éxito alguno.

A la mañana siguiente y espoleados por la ayuda de los jóvenes del pueblo vecino, -ganados para la causa guerrillera-, los revolucionarios quemaron la iglesia, el pequeño hospital y el ayuntamiento y detuvieron al cura, el alcalde y el médico del pueblo, que fueron rápidamente procesados en un concepto que también era nuevo para casi todos: un "juicio sumarísimo", donde se les juzgó y condenó a muerte.

Por eso, tantos años después y frente al pelotón que lo iba a fusilar junto al alcalde Escobar y a don Emeterio, el cura, el doctor Alexandre hubo de recordar con amargura el nacimiento de su único hijo… Realmente le dolía mucho más el hecho de haber criado a un tirano que el bazo reventado que le sangraba tras el primer disparo de su propio hijo.